

La farsa del doble poder

León Trotsky
3 de junio de 1917

(Versión al castellano desde “La farce du doublé pouvoir”, en *L'année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 25-36; también para las notas. Publicado el 3 de junio de 1917 en *Izvestia* y el 8 de junio del mismo año en *Vperiod*)

Las condiciones de la guerra deforman y oscurecen la acción de las fuerzas internas de la revolución. Pero no por ello su curso quedará menos determinado por esas mismas fuerzas internas, es decir por las clases.

La revolución, que desde 1912 está en ascenso, vio en un primer momento cómo su impulso lo rompía la guerra, pero, a continuación, gracias a la intervención heroica de un ejército exasperado, se ha acelerado con una combatividad sin precedentes. La capacidad de resistencia del antiguo régimen había resultado minada definitivamente por el desarrollo de la guerra. Los partidos políticos que deberían jugar el papel de mediadores entre la monarquía y el pueblo se encontraron de golpe suspendidos en el aire a causa del formidable impulso venido de abajo, y se vieron obligados en el último momento a dar el peligroso salto hacia las orillas seguras de la revolución. Ello le confirió a la revolución durante un tiempo la apariencia externa de una perfecta armonía nacional. Por primera vez en toda su historia, el liberalismo burgués se sintió “ligado” a las masas (y eso le iba a ofrecer la idea de utilizar el espíritu revolucionario “universal” al servicio de la guerra).

No cambiaron ni las condiciones, ni los objetivos, ni los participantes en la guerra. Guchoy y Miliukov, los miembros más abiertamente proimperialistas del equipo político del antiguo régimen, eran ahora los dueños de los destinos de la Rusia revolucionaria. Naturalmente que la guerra, cuya naturaleza se mantenía fundamentalmente siendo la misma que bajo el zarismo (contra el mismo enemigo, con los mismos aliados, con los mismos compromisos internacionales), se tenía que transformar ahora en una “guerra por la revolución”. Para los capitalistas eso equivalía a movilizar a la revolución, con todas las fuerzas y pasiones que ésta había estimulado, al servicio del imperialismo. Los Miliukov consintieron magnánimamente en calificar al “trapo rojo” como emblema sagrado (con la condición de que las masas trabajadoras se mostrasen dispuestas a morir felizmente bajo el trapo rojo por Constantinopla y los estrechos.

Pero el pie bifurcado imperialista de Miliukov sobresalía de forma demasiado clara. Para ganar a las masas y canalizar su energía revolucionaria hacia una ofensiva en el frente externo, se necesitaban métodos más elaborados y, por encima de todo, se necesitaban nuevos partidos políticos, cuyos programas todavía no estuviesen comprometidos y cuya reputación aún no estuviese empañada.

Se encontraron. En los años de contrarrevolución, en particular durante el último boom industrial, el capital había sometido y domado intelectualmente a varios miles de revolucionarios de 1905, sin preocuparse por sus “naciones” laboristas o marxistas. Y

entre los intelectuales “socialistas” aparecieron bastantes grupos ardiendo en deseos de participar en la represión de las luchas sociales y en la preparación de las masas para los objetivos “patrióticos”. Hombre con hombre con la intelligentsia (convertida en vedet en la época de la contrarrevolución, estaban los fabricantes de soluciones, que se habían aterrorizado definitivamente con el fracaso de la revolución de 1905, y que desde entonces habían cultivado un solo y único talento: resultar agradables a todo el mundo.

Mucho antes de la revolución, la oposición de la burguesía al zarismo (sobre una base imperialista, sin embargo) ya había suministrado la base necesaria para un acercamiento entre socialistas oportunistas y clases poseedoras. Kerensky y Cheidse concibieron en la Duma su política como un anexo al bloque progresista, y los Gvozdiev y Bogdanov lo hicieron en los comités de la industria de guerra. Pero la existencia del zarismo hacía muy difícil la defensa abierta del patriotismo “gubernamental”. La revolución derribó todos los obstáculos de ese tipo. La capitulación ante los partidos capitalista se llamó, de ahí en adelante, “unidad democrática”, la disciplina del estado burgués se transformó a menudo en “disciplina revolucionaria” y, para acabar, la participación en una guerra imperialista fue considerada como la defensa de la revolución contra una derrota exterior.

Esta intelligentsia nacionalista (que fue predicha, llamada y entrenada por el socialpatriota Struve en su diario *Vyeji*) encontró a menudo un inesperado y generoso apoyo en la debilidad de los sectores más atrasados del pueblo que habían sido organizados a la fuerza para constituir el ejército.

Gracias únicamente a que la revolución estalló durante una guerra, los elementos pequeñoburgueses de la ciudad y del campo adquirieron automáticamente la apariencia de una fuerza organizada, y comenzaron a ejercer sobre los miembros del consejo de delegados obreros y soldados una influencia que sobrepasaba en mucho al poder que habrían tenido esas clases atomizadas y atrasadas bajo cualquier otra circunstancia. La intelligentsia menchevique-populista encontró en esa masa de provincianos atrasados, en su mayor parte todavía a penas despertados políticamente, un apoyo completamente natural al principio. Al llevar a las clases pequeñoburguesas a un acuerdo con el liberalismo burgués, que acababa de demostrar de nuevo con generosidad su incapacidad para guiar a las masas populares de forma independiente, la intelligentsia menchevique-populista adquirió, gracias a la presión de las masas, cierta influencia incluso entre las capas proletarias, momentáneamente relegadas a un segundo plano por la importancia numérica del ejército.

A primer vista se podría creer que todas las contradicciones de clase habían desaparecido, que toda la sociedad había sido revocada con trozos de ideología menchevique-populista y que, gracias a los “esfuerzos constructivos” de Kerensky, Cheidse y Dan, se había firmado una tregua nacional entre las clases. De ahí la sorpresa y el estupor sin igual cuando se afirmó de nuevo una política proletaria independiente; de ahí ese concierto de lamentaciones furiosas y, para decirlo todo, repugnantes contra los revolucionarios socialistas, destructores de la armonía universal.

Los intelectuales pequeñoburgueses, tras haber sido izados por el soviét de delegados obreros y soldados a alturas para las que no estaban preparados en absoluto, se vieron aterrorizados por encima de todo por la idea de responsabilidad y volvieron a poner respetuosamente su poder en manos del ministerio feudal-capitalista salido de la Duma del 3 de junio. El terror sagrado del pequeño burgués ante el poder de estado, muy evidente en el caso de los populistas (laboristas), en los mencheviques-patriotas se ocultaba tras consideraciones doctrinales sobre la imposibilidad de los socialistas para asumir el peso del poder en una revolución burguesa.

Así nació el “doble poder”, que se podría calificar más justamente de *doble impotencia*. La burguesía detentaba la autoridad en nombre del orden y de la guerra hasta la victoria; pero no podía gobernar sin los sóviets; estos últimos mantenían con el gobierno relaciones de semiconfianza respetuosa que se mezclaba con el miedo a que el proletariado revolucionario derribase todo ese bello edificio con un torpe gesto.

La política extranjera cínicamente provocadora de Miliukov llevó a una crisis. Consciente de la extensión del pánico entre las filas de los líderes pequeñoburgueses cuando se enfrentaban a los problemas del poder, el partido burgués comenzó a utilizar en ese dominio el chantaje puro y simple: amenazando con hacer la huelga del gobierno, es decir con dejar de participar en el poder, exigió que el sóviet le suministrase cierto número de floreros socialistas cuya función en el gabinete de coalición debía ser reforzar la confianza de las masas en el gobierno y, de esta forma, acabar con el “doble poder”.

Ante el ultimátum, los mencheviques-patriotas se apresuraron a abandonar sus últimos restos de prejuicios marxistas contra la participación en un gobierno burgués y arrastraron con ellos a los “líderes” laboristas del sóviet que, por su parte, no estaban obstaculizados por ninguna sobrecarga de principios o prejuicios. Esto resultaba particularmente claro en el caso de Chernov, que sólo volvió de las conferencias de Kienthal y Zimmerwald¹ (en las que había excomulgado a Vandervelde, Guesde y Sembat) para entrar en el gobierno del príncipe Lvov y Chingariev. Por supuesto que los mencheviques-patriotas rusos señalaron que el ministerialismo ruso no tenía nada que ver con el ministerialismo francés o belga, ya que estaba producido por circunstancias muy excepcionales, previstas en la resolución contra el ministerialismo del Congreso de Ámsterdam (1904)². Sin embargo, no hacían más que repetir como loros los argumentos de los ministerialistas franceses y belgas, invocando constantemente la “naturaleza excepcional de las circunstancias”. Kerensky, cuya verbosa teatralidad oculta, sin embargo, algunos trazos de pertinencia, clasificó en cuanto a él muy correctamente el ministerialismo ruso en la misma categoría que el de Europa occidental y declaró en su discurso de Helsingfors que sobre todo gracias a él los socialistas rusos habían andado, en dos meses, un camino que los socialistas de Europa occidental habían tardado dos años en hacer. ¡Marx tenía mucha razón cuando decía que la revolución es la locomotora de la historia! El gobierno de coalición estaba condenado por la historia antes incluso de su formación. Si se hubiera constituido inmediatamente tras la caída del zarismo, como expresión de la “unidad revolucionaria de la nación”, habría podido contener, durante algún tiempo, el enfrentamiento de las fuerzas de la revolución. Pero el primer gobierno fue el ministerio Guchoy-Miliukov. Su existencia duró el suficiente tiempo para develar la inanidad de la “unidad nacional” y despertar la resistencia revolucionaria del proletariado ante las tentativas de la burguesía para prostituir la revolución a los intereses imperialistas. El gobierno de coalición, que aparecía manifiestamente como un remedio, no podía prevenir la catástrofe bajo esas condiciones; él mismo estaba destinado a convertirse en la principal manzana de la

¹ Del nombre de los pueblos suizos en los que se celebraron dos conferencias internacionales contra la guerra, los días 5-8 de septiembre de 1915 y 24-30 de abril de 1916. Tras la creación de la Internacional Comunista se disolvió la unión de Zimmerwald. [Ver en estas EIS, del mismo autor, *Conclusiones (a la publicación en Nache Slovo del Manifiesto de Zimmerwald)*, *Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal*, y en *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones* “Declaración de los participantes en la Conferencia de Zimmerwald al I Congreso de la Internacional Comunista”, página 36.]

² Este congreso de la Segunda Internacional se celebró en agosto de 1904. Los socialdemócratas alemanes, con Bebel a la cabeza, lograron hacer pasar una resolución condenando la aceptación por los socialistas franceses de carteras en el gobierno burgués.

discordia, en la principal fuente de conflicto y divergencias entre las filas de la “democracia revolucionaria”. Su existencia política (pues no hablamos de sus “actividades”) no es más que una lenta agonía pudorosamente envuelta en cintas de palabras.

Para luchar contra la quiebra completa en el dominio económico, en particular en el del abastecimiento, la Comisión Económica del Comité Ejecutivo de los Sóviets elaboró un plan que debía extender la gestión estatal a las ramas industriales más importantes. Los miembros de la Comisión Económica diferían de los líderes políticos no tanto por sus tendencias políticas sino por un profundo conocimiento de la situación económica del país. Por ese motivo, justamente, llegaron a conclusiones de un carácter profundamente revolucionario. La única cosa que le faltaba a su organización era la fuerza motriz de una política revolucionaria. El gobierno capitalista en su mayor parte no podía alumbrar, evidentemente, un sistema diametralmente opuesto a los intereses egoístas de las clases poseedoras. Si Skobelev, el Ministro de Trabajo menchevique, no lo entendió, por el contrario esto lo entendió muy bien el serio y eficaz Konovalov, representante del comercio y de la industria.

La dimisión de Konovalov³ descargó un golpe fatal sobre el gobierno de coalición. Toda la prensa burguesa lo expresó claramente. Se volvió de nuevo a jugar con el terror pánico de los dirigentes del sóviet: la burguesía amenazó con abandonar el poder acabado de nacer ante su puerta. Los “dirigentes” respondieron haciendo creer que no había pasado nada de especial. Puesto que el representante serio del capital nos ha abandonado, invitamos a M. Burisjin. Pero Burisjin rechazó con obstinación participar en operaciones quirúrgicas a la propiedad privada. Entonces comenzó la búsqueda de un ministro de comercio y de industria “independiente”, un hombre que no tuviese tras de sí a nada ni a nadie, y que pudiese servir de buzón inofensivo para las reivindicaciones contradictorias del trabajo y del capital. Durante ese tiempo, los gastos continuaban con ímpetu y la actividad gubernamental consistía sobre todo en hacer funcionar la plancha de billetes, en imprimir asignados.

Teniendo por colegas y primogénitos a MM. Lvov y Chingariev, Chernov no pudo desplegar en las cuestiones agraria ni el radicalismo verbal tan característico de ese representante típico de la pequeña burguesía. Plenamente consciente del papel que se le había asignado, Chernov se presentó no como el representante de la revolución agraria sino ¡como el de las estadísticas agrícolas! Según la interpretación liberal burguesa, que los ministros adoptaron también, las masas tenían que suspender el proceso revolucionario y esperar pasivamente a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, y, desde el momento en el que los socialistas-revolucionarios entraron en el gobierno de los propietarios terratenientes y de los industriales, los ataques de los campesinos contra el sistema agrícola feudal fueron estigmatizados como anarquía.

En política internacional el hundimiento de los “planes de paz” anunciados por el gobierno de coalición se produjo de forma mucho más rápida y catastrófica de lo esperado. M. Ribot, Primer Ministro francés, no solamente es que rechazó categóricamente y sin ceremonias el plan de paz ruso, reafirmando solemnemente al mismo tiempo la absoluta necesidad de proseguir la guerra hasta la “victoria total”, sino que, además, les negó a los socialpatriotas franceses sus pasaportes para la Conferencia de Estocolmo, que sin embargo se había preparado con la colaboración de los colegas y aliados de M. Ribot, los ministros socialistas rusos. El gobierno italiano, cuya política de conquista colonial siempre se ha distinguido por un inaudito cinismo, por un “egoísmo sagrado”, replicó a la fórmula de “paz sin anexiones” con la anexión por

³ Konovalov era Ministro de Comercio en el primer gobierno de coalición. Dimitió el 31 de mayo de 1917.

separado de Albania⁴. Nuestro gobierno, incluyendo a los ministros socialistas, bloqueó durante dos semanas la publicación de la respuesta de los Aliados, creyendo evidentemente en la eficacia de expedientes tan miserables para evitar la bancarrota política. En resumidas cuentas, el problema de la situación internacional de Rusia, el problema de *saber por qué causa debería estar dispuesto a luchar y morir el soldado ruso*, se mantiene tan agudizado como lo estaba el mismo día en el que la cartera de Asuntos Extranjeros le fue arrancada a Miliukov.

En el Ministerio del Ejército y la Marina, que continúa otorgándose la parte del león en las energías y recursos nacionales, la política del verbo y la retórica reina sin reserva alguna. Pero las causas materiales y psicológicas del estado actual del ejército son demasiado profundas para solucionarse con la prosa y la poesía ministeriales. El reemplazo del general Alexeiev por el general Brusilov significa, sin duda alguna, un cambio para esos dos oficiales, pero ninguno para el ejército. La preparación del pueblo y del ejército para una “ofensiva”, después el repentino abandono de ese eslogan por el menos preciso de “preparación para una ofensiva” muestran que el Ministerio del Ejército y de la Marina sigue siendo tan incapaz de conducir a la nación a la victoria como lo fue el ministerio de M. Terechenko de llevarla a la paz.

La imagen de impotencia del Gobierno Provisional ha llegado a su apogeo con la actividad del Ministerio de Asuntos Extranjeros que, para emplear los términos de los delegados más leales del sóviet campesino, llena “con parcialidad” las oficinas de las administraciones locales de propietarios feudales. Los esfuerzos de la parte activa de la población, que llegó a obtener poder a nivel comunal por derecho de conquista y sin esperar a la Asamblea Constituyente, son tachados enseguida, en la jerga policial de los Dan, de “anarquía”, y encuentran la enérgica oposición del gobierno que, por su composición, es incapaz de cualquier acción enérgica verdaderamente creadora.

Durante los últimos días, esta política de bancarrota ha encontrado su expresión más nauseabunda en el incidente de Cronstadt⁵. La infame y vergonzosa campaña de la prensa burguesa contra Cronstadt, que para ella es el símbolo del internacionalismo revolucionario y la desconfianza hacia del gobierno de coalición (y, por tanto, de la política independiente de las amplias masas populares), no solamente se apoderó del gobierno y de los líderes del sóviet sino que, también, transformó a Tsereteli y Skovolev en jefes de fila de la vergonzosa represión contra los marinos, soldados y trabajadores de Cronstadt.

En el momento en el que el internacionalismo reemplazaba sistemáticamente al socialpatriotismo en la fábricas, en los talleres y entre los soldados del frente, los ministros socialistas, sometidos a sus dueños, se arriesgaban al juego de azar de destruir de un solo golpe a la vanguardia proletaria revolucionaria y de preparar así el “momento psicológico” para la apertura de la sesión del Congreso Panruso de los Sóviets. *Alinear a la democracia campesina pequeñoburguesa bajo la bandera del liberalismo burgués*, aliado y prisionero del capital anglofrancés y norteamericano, para *aislar políticamente* y “disciplinar” al proletariado: tal es, de ahora en adelante, la principal tarea a la que el bloque gubernamental de los mencheviques y de los social-revolucionarios consagra

⁴ Albania devino estado independiente a consecuencia de la derrota de Turquía en la primera guerra de los Balcanes (Tratado de Londres, 30 de mayo de 1913). Italia invadió Albania en 1914.

⁵ A principios de junio, los marinos del Báltico y las masas de Cronstadt se levantaron contra el Gobierno Provisional; el epíteto más moderado utilizado contra ellos en la prensa rusa y extranjera fue el de “anarquistas”. El Sóviet de Cronstadt, con 210 votos contra 40, había desautorizado al Gobierno Provisional declarando que sólo reconocía la autoridad del Sóviet de Petrogrado. Esto fue deformado como tentativa de secesión. Los marinos del Báltico fueron una fuerza revolucionaria activa en todas las etapas de la revolución (contra el zarismo, contra el Gobierno Provisional y en el derrocamiento de Kerensky por los bolcheviques (Nota de Luis C. Fraina, 1918).

todas sus energías. Las cínicas amenazas de represión sangrienta y las provocaciones a la violencia abierta constituyen un elemento esencial de esta política.

La agonía del gobierno de coalición comenzó el mismo día de su nacimiento. Los revolucionarios deben hacer todo lo que esté en sus manos para impedir que esta agonía termine en las convulsiones de la guerra civil. La única forma de lograrlo no es con una política de sumisión y evasión, que no hace sino agudizar el apetito de los politicastos de dientes largos, sino mucho más bien con una política de ofensiva en toda la línea. No nos dejaremos aislar: tenemos que aislarlos a ellos, Tenemos que responder a las miserables y despreciables iniciativas del gobierno de coalición haciendo entender, incluso a los sectores más atrasados de las masas trabajadoras, el sentido de esta coalición que desfila bajo la máscara de la revolución. A los métodos de las clases poseedoras y de su apéndice menchevique-social-revolucionario, ya sea sobre el problema de los abastecimientos, de la industria, de la agricultura o de la guerra, tenemos que oponer los métodos del proletariado. Solamente de esta forma se puede aislar al liberalismo y ganar para el proletariado revolucionario una influencia decisiva sobre las masas urbanas y rurales. Al mismo tiempo que la caída inevitable del actual gobierno, se producirá la de los actuales líderes del sóviet de delegados obreros y soldados. La actual minoría del sóviet tiene ahora la posibilidad de preservar la autoridad del sóviet, en tanto que representante de la revolución, y asegurarle la continuación de sus funciones, en tanto que poder central. Esto se hará más claro cada día. El período de “doble impotencia”, con un gobierno que no puede y un sóviet que no se atreve, debe inevitablemente culminar en una crisis de una gravedad sin precedentes. Es nuestro deber tensar todas nuestras energías en previsión de esta crisis, de forma que el problema del poder se aborde con todas sus implicaciones.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es